



DESPUES DE LEER.

AL SR. D. BERNABÉ BRAVO.

Si la Señora Pardo de Bazán es como tengo dicho á usted, amigo mío, santa de mi devoción, D. Benito Pérez Galdós es en el templo ó capillita de mi culto literario, algo así como San Agustín, como un gran padre de la Iglesia. Escribirá más pulcra y lindamente D. José María Pereda, sabrá—y en efecto sabe incomparablemente más D. Juan Valera;—pero en amplitud de miras, en profundidad de observación, en vuelo, en arranque, en variedad de asuntos, en franqueza para tratarlos, en audacia para encararse con los más arduos y trascendentes problemas de la vida, nadie supera á Galdós entre los novelistas españoles. No; este es el que *hace más grande*; el que tiene más fuerzas y mayores bríos. «Gloria» y la «Familia de León Rock» son, á mi juicio, novelas admirables, «Marianela» es una joya primorosa, la más bella que ha hecho su autor. Y todos los cuadritos que componen los «Episodios Nacionales,» particularmente los de la primera serie, son obras acabadas que en conjunto forman un salón completo de pinturas. Allí hay lienzos de batallas como los de Neuville y Detaille; cuadros de género como los de Meissonnier ó Madrazo; figuras de Goya, tipos de Fortuny hay, en resumen, mucho bueno y mucho bello.

Pero este Sr. D. Benito, amigo Bravo, ha dado en escribir mucho. Creo quiere emular á Doña María del Pilar Sinués de Marco, quien, según leo ahora mismo en un periódico, lleva escritos ciento once tomos de novelas. A muchos de ellos los conozco de vista, pero

no los saludo. Sé que son honrados; que les puede uno fiar oro en polvo, pero como no he tenido necesidad de nuevo portero ó de nueva cocinera, no me he visto en el caso de trabar con ellos amistades.

Y ha dado en otra cosa peor este truhán de D. Benito: ha dado en que es el Zolá español. Y no: es el Pérez Galdós de España; es muy él, vive de sus rentas y no tiene necesidad de pedirle prestado nada á nadie.

¡A cuántos ha perdido, sobre todo en América, el aspirar á que cualquier majadero diga señalándolos:—este es el Víctor Hugo de México,—ó—aquél es el Víctor Hugo de Buenos Aires!—Cuando veo esto, siento impulsos de decir á esos señores:—¿Cómo han de ser ustedes Víctor Hugo, si Víctor Hugo no hay más que uno y no alquilera ni está vacante su apellido?

La familia postiza de Becquer trajo revuelto al parnaso por no pocos años.—¡Quiero ser Becquer!—Pero ¿qué significa eso, hombre de Dios? ¿Cómo ha de ser usted Becquer si su papá se llama Pérez?

Y también al Sr. Pérez Galdós se le ha metido entre ceja y ceja el propósito de cometer este parricidio moral: quiere haber sido hijo del padre de Zolá. Cate usted que en consecuencia, se pone á escribir novelas sin asunto; á contar los botones que usa cada personaje en el gabán; á servir carne cruda á sus comensales, porque esa carne según los cocineros naturalistas, es la más sabrosa y la más sana! . . . ¡y se sale de las obras últimas del Sr. Pérez Galdós con aburrimiento, con hastío y con algo de náuseas!

Dejar la casa en que él es amo y manda, para meterse de rondón en la ajena y vivir de parásito, es locura que no perdono á tan esclarecido literato.

Tres libros ha publicado recientemente el Sr. Pérez Galdós: *Torquemada en la hoguera*, *Incógnita* y *Realidad*.

«Torquemada en la hoguera» es un bonito estudio, si bien la figura del protagonista está, á mi ver, un tanto exagerada. Torquemada es un usurero desalmado . . . con decir usurero, todo está dicho. Pero Torquemada es padre, tiene un hijo . . . Dios á veces se descuida y les manda hijos á los usureros. Este hijo se enferma, está muriéndose, y como á Torquemada lo acusa su conciencia de pecados muy gordos, como sabe que no ha tenido piedad de otros padres desgraciados que le pedían unos cuantos ochavos para llevar pan y luz y medicina al niño enfermo; como todo esto que la

conciencia le dice muy quedito, se lo repite á voz en cuello el alma de la pobre criatura, Torquemada se conmueve, deja de ser usurero por algunas horas para ser de veras padre, y sale resuelto á la calle á prestar dinero, ya no al veinte por ciento sino al diez, y á decirles á sus deudores que todavía no le paguen, que él no les cobra con urgencia; y se desespera cuando no encuentra á quien prestar . . . y hasta da . . . y vuelve á casa más tranquilo, satisfecho de sí mismo, convencido de que es caritativo, de que es bueno, de que Dios no tiene por qué castigarlo, de que ya hizo con él las paces, mediante algunos regalitos, y de que, por consiguiente, va á encontrarse al muchacho ya aliviado.

Todo esto es de un cómico trágico de muy buena ley. Recuerda en pequeño, en pintura de género, lo que es en la gran pintura, en la sublime, el Triboulet de Víctor Hugo, ese bufón malvado de alma, y deforme de cuerpo que hace llorar y hasta parece hermoso y bueno cuando le roban y le deshonoran y le matan á la hija. Y recuerda también al usurero inmortal, á aquél judío descastado de Venecia, al pobre Shilock de Shakespeare, á quien de grado perdonamos sus raterías y sus ruindades porque tiene una hija, y porque la ama y porque en ella lo castiga el cielo.

El hijo de Torquemada se muere, porque á Dios no se le subvenciona fácilmente, ni se le contenta con pagarle en un día algunos rezagos . . . y Torquemada sigue achicharrando gente.

Repito que agrada mucho este cuadro, á pesar de que á veces declina en caricaturesco, y que es de Pérez Galdós, del bueno, del de España.

Pero, ¡las otras dos novelas, Sr. Bravo . . . ! Ahora comprendo que quiero mucho al Sr. Pérez Galdós puesto que tuve valor para leerlas. Yo me decía: este malicioso va á terminar la *Incógnita* diciendo: ¿Ya ven ustedes como los hombres de talento sabemos hacer todo, hasta sandeces? Pues yo les he hecho á ustedes este marracho para que no lo imiten; para que vean qué falsas y qué tediadas y qué inaguantables son las malas novelas naturalistas.

Además—agrega mi colete,—en donde menos piense saltará el talento del Sr. Pérez Galdós. Se olvidará el autor que está vestido de lobo, y nos dirá algo ingenioso, algo bello, algo profundo . . .

¡Y nada. . . ! ¡Que en la *Incógnita*! el único que está de incógnito, y riguroso, es el talento del Sr. Pérez Galdós!

Porque la *Incógnita*, la heroína, la Augusta, esa sí no está de in-

cógnita. Yo le ví desde luego cara de perdida. Su primo el enamorado platónico de ella, el que le escribió á Pérez Galdós las cartas que componen el libro, tampoco está de incógnito; es un tonto! Tonto santo, tonto rico, ¡pero tonto! Y ¡vamos! que como todos son tontos en la novela del Sr. Pérez Galdós, y como Pérez Galdós ha dado en ser naturalista, para lograr que resultara copia exacta de la realidad la escribió en tonto.

Pero no paran en la última hoja de la *Incógnita* las malandanzas del lector. Yo imaginé que D. Benito iba á decirnos para remate de su libro:—¿Ya leyeron ustedes todas las cartas de este alma de Dios, ó de este alma de cántaro? ¿Ya hicieron sus conjeturas? ¿Sí? ¡Pues son ciertas! Esa señora se la pegaba á su marido con ese truhán, tramposo y tunantísimo que, amén de todo, era también valiente majadero en no aceptar dinero del marido burlado, y sí de la mujer pública que lo mantenía, porque si es pillo, lo mejor es ser pillo completo, de una pieza! Todo era cierto; se descubrió el enredo, y el amante que estaba comido de deudas, y algo loco, á consecuencia de las continuas noches en vela que pasaba en la timba, se mató.»

Yo creí que con esto nos iba á dejar en paz Pérez Galdós. Pero no: A fuerza de tratar á tanto tonto en su novela, supuso que también eran bobos los lectores. Y terminó su libro citándonos para otro, para la continuación de la *Incógnita*, para la que había de darnos la clave del enigma, para *Realidad*.

¡Y apechugó con *Realidad*! Aquí—me pensé,—va á asomar la oreja, es decir, el talento, este gran socarrón. Va á decirnos: he aquí cómo he engañado á ustedes y burládome de todos. ¿Pensaron que esta señora era una perdida; que este jugador mantenido por una prostituta, era mala persona; que este santo varón consentía los deslices de su esposa. . . . Pues pasen adentro, y les demostraré que la señora es un ángel, que el tahúr es excelente sujeto, que el santo varón es muy listo y que yo soy Pérez Galdós!—¡Esperanzas frustradas! «*Realidad*» es peor. . . . Quiero decir, es lo mismo, exactamente lo mismo; pero es más larga y está escrita más mal.

La compuso el autor en forma de drama dividido en cinco interminables jornadas, y ¡qué jornadas! Dejan quebrantado el cuerpo y molidos los huesos, como las jornadas en diligencia.

Y en *Realidad* no sólo imita Pérez Galdós á Zolá, sino también á Echegaray, que es otro de los extranjeros perniciosos para cualquier literato. Sólo que en donde Echegaray pone grifos, endriagos,

hipogrifos y leones, Pérez Galdós pone sapos y culebras. Porque ¡qué bocas tienen los personajes de *Realidad*! Qué ¡así habla en Madrid la gente decente, Sr. Pérez Galdós? Porque entiéndase que estamos entre ministros, exministros, diputados, senadores, ricos hombres, condesas y marquesas. Y entre esas personas se entablan diálogos, sobre poco más ó menos como este:

—«Condesa, ¡qué gachona está usted!»—Y usted perdiz, qué resalao!

Y nada cuento ¡Dios me libre! de lo que á solas se dicen la tal Augusta y su amante. Qué, ¿de veras, así hablan las grandes damas de Madrid?

Y este lenguaje es lo único nuevo que hay en *Realidad*. Porque lo demás ya lo sabemos. Pensó el autor que éramos sordos ó tardos de entendimiento, y como tenía mucho empeño en que supiéramos la desgracia doméstica que le ocurrió al santo varón, nos la puso en fábula y en refrán. Primero la leemos y luego la oímos; primero en cartas, luego en diálogos. ¡Y todavía tengo miedo de que el Sr. Pérez Galdós se proponga contarnos la misma cosa de otro modo!

Hay algo nuevo, sin embago—y borro lo que antes escribí,—en *Realidad*. Comprendíamos que el marido D. Tomás, el varón santo, era muy tonto; pero no presumimos nunca, que lo era en grado tal. Porque D. Tomás, cuando se cerciora del percance, cuando no le cabe ya duda de lo que ha pasado, no se encoleriza, no se indigna; nada más tiene un capricho. . . . que su mujer, en confianza, le refiera los detalles. No se contenta con ser tan desgraciado! quiere que se lo digan. Y en premio de esa confidencia, con tal de satisfacer su justa y legítima curiosidad, ofrece el perdón más amplio á su señora. Pero ella no quiere. . . . se ruboriza. . . . en fin, que no habla.

Y D. Tomás no perdona. . . . pero se sigue haciendo el tonto. . . y se resigna.

Esto sí es nuevo; creíamos algo menos indigno á D. Tomás!

El único personaje bien trazado y de hermoso colorido que hay en la novela de Galdós, es la prostituta de buen alma, salida del pueblo y que se deja explotar por los tunantes que le caen en gracia. Es un bonito cromó.

Pero de todas suertes, exclamo para concluir, Sr. D. Bernabé:— ¡Pérez Galdós, devuélveme mi tiempo!



"DEL NATURAL."

"IMPRESIONES Y RECUERDOS."

Con este título ha publicado en Guatemala mi buen amigo, el joven literato D. Federico Gamboa, una preciosa colección de novelitas, ó mejor, de cuadros sociales, escritos al correr de la pluma, con notable desembarazo, casi hablados, en un estilo, que sin ser atildado ni muy sumiso á las pragmáticas y cánones de la Academia, hechiza por su desgaire, por su naturalidad y su gracejo. Creo no equivocarme al decir que el Sr. Gamboa va á ser, si quiere serlo, un novelista de mérito; y que si pone empeño en conseguirlo, si escribe con más reposo y lee más detenidamente por vía de buena disciplina intelectual á los autores clásicos españoles, se formará un estilo bien castizo; sin caer en el antipático atesado arcaísmo, y rico en color, en movimiento, en vida.

¡Excelente pintor de género es Gamboa! Hoy se adiestra dibujando cuadritos, bocetos; traza aquí una figura picaresca, allá, una caricatura; acullá, un retrato; pero mañana, con todos esos materiales, hará una amplia y levantada obra de arte. Ahora estudia y describe retazos de realidad; después, en algún libro vasto y trascendente, estudiará la realidad entera.

Posee la realidad esencial que debe poseer el novelista; ver bien y retener en la memoria lo que se ha visto. No ahonda mucho todavía, porque á sus años no se ahonda, y se prefiere corretear en el campo, á bajar á las minas; no diserta pasiones, no hace análisis psicológicos; pero ve bien, retrata con tino y elegancia. . . . es un

joven fotógrafo de genio que será, si continúa estudiando, un buen pintor.

De su libro se desprende que ha leído con mucho gusto y aprovechamiento á los novelistas franceses contemporáneos. Apostaría á que le encantan las novelas cortas de Guy de Maupassant; los cuentos en extremo lúbricos de Catulo Méndez y las truhanescas historietas de Armando Sylvestre. Y no está mal que le agraden esas obrillas, ni que las haya leído con deleite, porque la verdad es que son muy bonitas, que sus autores tienen mucho talento y que leyéndolas se adquiere colorido y gracia para escribir y se conquista amenidad y simpatía para el estilo. Pero Gamboa puede hacer mucho más que Catulo Méndez y Armando Sylvestre. Maupassant cuando escribe los cuentos, no muy católicos, que suelen aparecer en el *Gil Blas* y en otras publicaciones parisienses, lo hace, en parte, por lucro, y más especialmente por *hacerse la mano*, como dicen los pintores, por atrapar al paso y por medio de la fotografía instantánea, observaciones llenas de apuntes, de cifras, de notas tomadas al vuelo y de dibujos caprichosos, esbozados en un rato de buen humor.

Pero, á seguida de esas observaciones sueltas, de esos retratos que él solo sabe de quién son, de esos objetos curiosos comprados en diversos bazares y amontonados en su casa, forma un libro, una verdadera novela, como *Bel Ami*, ó como *Una Vida*, y en ese libro aparece ya el artista superior, el discípulo privilegiado de Flaubert.

Ni Catulo Méndez ni Sylvestre pueden hacer lo mismo. Son poetas que suelen escribir en prosa; capaces de reunir en tomo muchas poesías lindísimas; pero como se guardan en cofre de marfil las perlas sueltas. Ellos no hacen collares; hacen perlas.

Federico Gamboa, si no me engaño (y creo que no me engaño), puede hacer lo que Guy de Maupassant.

En cuanto al estilo nada tengo que aconsejar al Sr. Gamboa. El suyo ya tiene brillantez, flexibilidad y despejo: con leer atentamente á Jovellanos ganaría mucho el autor del libro á que me refiero, porque Jovellanos, en mi juicio, es el médico mejor que hay para curarnos de las enfermedades gramaticales que por contagio contraemos los devotos de la literatura francesa. Cervantes, por la misma fuerza de su ingenio, por la realeza de su entendimiento, es modelo más difícil. El reina en el idioma, y todos los que reinan cometen arbitrariedades. Los Luises — el de León y el de Granada, — son admirables; pero ya están muy lejos de nosotros. Sólo D. Juan Va-

lera, en su *Pepita Jiménez* los imitó con mucho acierto; pero él, en la citada obra, se propuso hacer é hizo un místico poema de voluptuosidad.

El Sr. Gamboa no va por ese camino, ni siquiera se complace en tales sutilezas. Por eso, en cuanto al estilo atañe, debe acudir á Jovellanos, que es un honrado y excelente administrador de la lengua española.

Ya tiene él lo que se necesita primeramente: caudal propio, plata en barras, ó lo que es lo mismo, buen talento.

Que acuñe ahora esa plata, y estoy ciertísimo de que circulará sin depreciación, en todos los mercados literarios.

Es Federico Gamboa este libro de cubierta amarilla, impreso en Buenos Aires, á los no sé cuántos días del año corriente; es aquél á quien sus compañeros en la vida traviesa le llamaban «el pájaro:» despierto, vivaracho, decididor, de brío y arrestos, sin llegar nunca á pendenciero; comensal impagable, particularmente de una de la mañana en adelante; pobretón siempre casi y siempre alegre; enamorado, no de una mujer, sino del sexo; inteligente, agudo; sano de espíritu aunque venialmente pecador de cuerpo; periodista, más bien que por afición ó paga, por deseo de tener entrada libre á los teatros y acceso fácil á los bastidores; el Federico más inacadémico posible; el despejado y listo bohemio, muy parecido á los pintados por Mürger, gastador contumaz é impenitente de su amor, de su salud y de su ingenio. ¿Cómo no he reconocerle si téngole clavado en la memoria y aun están llenos de su risa mis oídos? ¡Qué olor de cajoncito cerrado, sin olor á encierro, á *renfermé*, sino á guantes, á flores, á «patas de mosca» femeninas, despiden para mí las páginas de sus *Impresiones y Recuerdos!* En parte son, los que acabo de leer, recuerdos míos, fijados en el papel, á punta de alfiler, por diestro coleccionador de mariposas. En parte he dicho, porque no acompañaba á Federico en sus nocturnas correrías, en sus estudiantinas de amoríos; pero sí porque trabamos amistades entre bastidores, y allá le hallaba casi á diario cuando yo era alumno externo, y cuentan que aprovechado, de esa escuela. Pocos años le llevo, pero cuando nos conocimos, yo, cronista desde niño, estaba ya traqueado por los

saltos del carro de Thespis; en él regresaba de la vendimia amorosa y me sabía de coro *Le Roman Comique*. Dice, por eso, que le envaneció algún desperdigado elogio mío. ¡Qué chico era entonces ese gran buen chico!

Le estoy viendo con su paltó color de avellana clara; las manos en los bolsillos y en la boca el puro que le nació con el periodismo; gacha la cabeza, saliendo de sus ojazos miradas trepadoras que recorrían el cuerpo de las actrices desde la punta del pie hasta la cresta de los rizos: pálido y descolorido por frecuentes trasnochadas que no tenían pizca de vigiliias; tristón el sombrero de copa, mas no así el semblante, ni el humor retozón, ni la palabra saltarina. Le veo pasar en *victoria* con Manuel Garrido, camino de la Reforma; le hallo de nuevo agazapado junto á un kiosko del Tívoli en acecho de aventuras, ó sentado al piano moviendo la cabeza que también bailaba danza, entrecerrando los ojos y abriendo mucho los labios ávidos de flamantes voluptuosidades. . . . Y ¡si supiera él qué miedos me hizo pasar el muy tunante! Mucho y largo temí que se perdiera, que se acabara, yéndosele el talento y la salud como se va estéril, derretida, la estearina de vela expuesta al aire; que se apagara, como, lamiendo la arandela con el pábilo, se apagaban las bujías del triste piano que tocaba Pomar en los bailes de trueno. . . . La vida periodística deslustra, mancha mucho en esta tierra: acostumbra al amor corredizo, al dinero fácil, á la holganza tentadora, á las aspiraciones de realización imposible, á las envidias, á los escarceos de venalidad; á la cantina, que es la biblioteca; al vestidor de la actriz en la noche, á levantarse tarde, á leer mal, á no estudiar, y poco á poco. . . . no tan poco á poco, chupa el jugo y tira el bagazo.

Pocos son los que atraviesan por ella de puntillas, á salvo de ese contagio por codeo tan difícil de evitar: pocos los que entrando, jóvenes é inexpertos, con hambre de vida y de todas las vidas, conservan para los años serios, íntegro ya que no intacto, el ideal, incólume la dignidad, brillante el nombre; pocos los que aman el estudio salvador dentro del laberinto de los amórios; pocos los prudentes, pocos los constantes. Y Federico andaba por los callejones alegres del periodismo, sin que le faltara talento é ingenio para cosas mayores, empujado por los amigos, por la juventud, inconsciente, aturdido, contento de la vida por gozarla y porque sabían muchos que él vivía.

El, por fortuna, es de buena cepa; viene de familia distinguida; estaban y están abiertos para él los salones elegantes; y sobre todo, tiene mucho talento y es simpático. Respecto al talento tenía yo mis dudas, no en cuanto á la realidad de éste, para mí patente, sino en cuanto al empleo adecuado para él. ¿Era talento de parloteo, de charla, á propósito para la crónica menuda, para la gacetilla picante, para el chiste caricaturesco? ¿Para el *bric-à-brac*? ¿Para las baratijas? ¿Para más. . . .? Seré franco: no llegaba á fijar mi juicio bien á plomo.

Alguna vez le ví enamorado como nunca, y no de mujer parecida á esas que le engatuzaran, según cuenta en su libro, sino de criatura ideal y pecadora nacida en la fantasía de un novelista: enamorado de la *Ivette* de Maupassant.

¡Y qué gusto que me dió! ¡Comprendía bien el arte aquél muchacho! La *Ivette* era lindísima, mejor dicho, es lindísima, y quería Federico atreverse al raptó, traducirla. Desde que hablamos de ella, de esa novia que tuve há mucho tiempo, ya no seguía yo dudando: tenía talento, y del bueno, Federico. Talento, pero muy expuesto á evaporarse, como la esencia en manos de mujer descuidada que no cierra el frasco.

Por eso me alegré de veras, sentí júbilo al saber que se iba Federico como segundo secretario de nuestra legación en Centro América. ¡Por fin. . . .! Ya respiraba. . . . Reíd, vosotras las reidoras, si gustáis; pero es una de mis muchas debilidades la de querer con un cariño muy miedoso á todos esos jóvenes poetas, jóvenes periodistas, jóvenes novelistas—á los de buena ley se entiende—que entran vendados de los ojos á la vida callejera de la vida literaria. Fundaría, si fuera rico, no un hospital para enfermos, sino una casa para hospedar á todos esos talentos que van camino de enfermar. Federico se iba. . . . ¡qué fortuna!

Tiempo después—no mucho—recibí su primer libro: *Del Natural*. ¡Ya estaba salvado aquel talento! ¡Ya tenía casa, ya tenía familia, ya era hombre! Fijé mi juicio: era un atinado observador; era un buen novelista de costumbres. No conozco su novela *Apariencias*; ¡ha olvidado enviármela el ingrato!

Pero estas *Impresiones y Recuerdos* que, sin yo habérmelo propuesto, he ido leyendo hasta acabar, me dan cabal idea de la transformación que se ha operado en el bohemio que colgó los hábitos á tiempo, en el gitano que dejó el hampa y es hoy un escritor, un ve-

rista, acaso acaso un psicólogo sin saberlo. ¿Nada queda del viejo Federico el joven? Sí, y hasta la gracia. . . . ¿Cómo había, cruel, de arrojar lejos de sí á la juventud enamorada? Quedan del joven Federico la costumbre de escribir aprisa, sobre la rodilla; la afición, ya disciplinada venturosamente, á la vida errabunda, la travesura y. . . esto es lo que no está bien pero que irá pasando, las viruelas locas del amor, y esa falta de escrúpulos que le permite decir con cierta encantadora ingenuidad, cosas y cosazas que no son para dichas, y mucho menos cuando se trata de uno mismo. Los amigos sabemos que Federico es hondamente bueno y perdidamente franco; mas. . . . para los otros, hay que ser algo discreto. La hipocresía es mala, por más que un granito de ella suela hacer provecho; pero el silencio. . . . ¡ah, el silencio es una buena capa!

Hay en el libro páginas brillantísimas, tiernas como las de *La Ultima Armonía*, deliciosas como *En primeras letras*, sabrosísimas como esas de *Me hacen periodista*, terrible y sencillamente dramáticas como en *Ignorado*. No soy avaro, no las quiero para mí; ya las irán leyendo mis lectores. Y todos esos capítulos vividos, reales hasta en sus menores detalles, sin que les falte ni una coma, ni á Matita el sombrero ladeado.

Tiene mucho talento el que escribe así, el que fotografía con arte una actitud, un gesto, una postura, un mohín, un guiño, una escena, un cuadro, un dolor, una vida. ¡Qué buen rato me ha dado este libro, todavía de periodista, pero de periodista que recuerda y le pone casa á sus recuerdos, de periodista que ya es hábil novelador, que observa pronto y observa hondo! Pasan por esas hojas muchos amigos, muchas amigas, tristezas, alegrías, entusiasmos, cáimientos que yo tuve. . . . Y pasa. . . . no, no pasa, queda el bien querido Federico. Así era entonces, como él se pinta, ó más bien, como él se desviste.

* * *

Para hablar de «*La Ultima Campaña*,» estrenada anteanoche con gran éxito en el Teatro Principal, sólo me queda en esta crónica un breve hueco. No cabe en él mi cariño á Federico Gamboa. . . . pero tampoco el cariño tiene vela en. . . . esta procesión. Gamboa no es de esos autores que solemos tratar con mimos porque son bue-

nos muchachos ó porque son simpáticos, ó porque *prometen*, como todo buen mexicano.

A Gamboa se le puede decir la verdad, y para el que bien le quiere, como yo, el decírsela es grato. Gamboa tiene muchísimo talento y va afinando su observación notablemente. Ve claro, ve hondo, es perspicaz, y — lo que nunca huelga — tiene mucho ingenio. Su *Ultima Campaña*, que es la primera campaña teatral de Gamboa, resultó bizarrísima y feliz. Ahí tenemos un autor dramático, un verdadero autor dramático, no acabado porque no nacen los niños con barbas, pero sí muy guapo, muy vigoroso y de valiente empuje. En su obra hay tres caracteres, lo que se llama tres caracteres, de una pieza, aunque con algunas rugosidades que menuda lima quitaría: el padre, el patriotero, más bien dicho, el fanático, el *chauviniste*, real en todos sus detalles; la buena mamá que no entiende de patrias sino de hija; y la real y deliciosa, Isabel.

Barruntaban los que conocen ciertas tendencias al *naturalismo* de Gamboa, que íbamos á ver en escena perdidas y perdidos, y lo que vimos fué muy buenas gentes, todas muy simpáticas, porque hasta la *chifladura* del viejo veterano es muy simpática. Suelta y franca naturalidad, en vez de lo que se encaprichan en llamar *naturalismo* los que por tal entienden lo nauseabundo y pornográfico sin arte y sin tendencia, es lo que hay en *La Ultima Campaña*.

Parece absurdo á algunos ese tipo del padre que no quiere casar á su hija con hijo de francés invasor, porque se acuerda del 5 de Mayo, y que prefiere la indigencia y hasta la vergüenza, á vender tierras propias á los yankees, porque hace memoria del 47. No digo yo que sea común ese tipo, . . . esa *chifladura*; pero la hay, ó por ahí anda suelta. Conozco veteranos como ese que pinta Gamboa, y que se parece al que pintó Pina en un buen cuadro de género.

El carácter del novio, del «pretendiente,» como le llama D. Antonio, resulta algo borrado ó descolorido; pero en cambio ¡qué de lleno da luz en la casa de Doña Gertrudis, muy mexicana aunque no se batió en Chapultepec, y muy madre, sobre todo! ¡Qué angelical nimbo ostenta Isabel, buena hija y buena novia!

Todo el tercer acto de la pieza es encantador, particularmente la escena entre marido y mujer y entre padre é hija. ¡Qué frases tan bien sentidas y . . . tan bien vestidas! Eso es del buen Sandeau — «un olvidado que no olvido,» como decía Bourget recientemente, — del buen Augier, del buen Tamayo, del buen Ayala . . .

porque también de Ayala, de Tamayo, de Augier y Sandeau hay algo que no es del año del cometa.

No puede negar Federico que es mexicano. En su primer pronunciamiento, en su primera campaña, pasó de civil á general.

Y lo raro es que se ganó el ascenso.



PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

Tenía deseos de arrojar mi guante negro en la tumba del eminente prosador y elegante poeta que acaba de morir en España; porque, pues á nadie es dada la potestad de revivirle, impone la admiración, á los devotos de él, triste deber de tributarle un último homenaje de respeto y de cariño. No seamos ingratos con los amables y bondadosos hechiceros que convirtieron y convierten algunas horas de nuestra vida en instantes luminosos; que deslumbraron nuestra fantasía con la magia de su palabra, procurándonos un placer parecido al que de niños disfrutábamos en las noches de fuegos artificiales.

Para mí, Alarcón es un amigo viejo. No tendría yo doce años cuando en un gabinetito que mi padre me había arreglado para que en él estudiara, leí con avidez el viaje *De Madrid á Nápoles*. Lo había publicado *La Voz de México*, único diario que en casa recibíamos, y yo había ido cortando y reuniendo los respectivos folletines, hasta que con *mi domingo*, de quién sabe cuántos domingos hace, con el peso que siempre me servía para comprar algún libro, pude llevar esos papeles á la encuadernación para que empastaran los dos tomos de que consta la obra.

Estoy viendo el gabinetito: muy angosto, como un callejón, pero muy lleno de luz..... ¡tal vez ahora le dan más claridades mis recuerdos! con una ventana que daba para la azotea de la casa contigua; lleno de libros, y con un sofasito para leer esos libros, frente